

Manuel Chaves Nogales

A sangre y fuego

Héroes, bestias y mártires de España

Introducción de Andrés Trapiello



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: septiembre de 2025

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de cubierta: © Iberfoto / Bridgeman Images.

Se han efectuado diligencias razonables para localizar a los titulares de los derechos de autor de la fotografía Kati Horna para la fotografía (*Grupo en las cercanías del bosque Carrascal*. Kati Horna. 1937), sin resultado. La editorial queda a disposición de quienes acrediten derechos sobre la misma.

Fotografía del autor: © Archivo ABC

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la introducción: Andrés Trapiello, 2025

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-021-0

Depósito legal: M. 11.891-2025

Printed in Spain

Índice

9	Introducción. Chaves Nogales vuelve a casa
15	Prólogo
23	Nota
25	¡Masacre, masacre!
54	La gesta de los caballistas
81	Y a lo lejos, una lucecita
107	La Columna de Hierro
135	El tesoro de Briesca
159	Los guerreros marroquíes
182	¡Viva la muerte!
207	Bigornia
244	Consejo obrero

Introducción.

Chaves Nogales vuelve a casa

Lo ha contado uno otras veces, pero acaso tú, lector, lectora, lo leas por primera vez.

Durante cincuenta años, ¡medio siglo!, desde su muerte hasta 1994, de Chaves Nogales se recordaba únicamente su biografía del torero Juan Belmonte, y esto solo por haber aparecido en la popular colección de bolsillo de esta misma editorial. Ni él ni Clara Campoamor, la política española que logró el voto para las mujeres con la oposición de la mitad de los políticos españoles de izquierda, figuraban en el panorama literario, intelectual y político español.

El libro de Campoamor, *La revolución española contada por una republicana*, y este de Chaves, publicados el mismo año de 1937, son libros paralelos y capitales para comprender lo sucedido en España. Como también el silencio con el que fueron recibidos explica mucho de lo que sobrevino tras la guerra.

Igualmente he contado otras veces lo que sigue.

A mediados del otoño de 1993 viajé a Sevilla. Días antes le había enviado al poeta y librero de viejo Abelardo Linares el manuscrito de *Las armas y las letras*, un libro sobre los escritores y la guerra civil. Pasamos juntos la mañana de aquel día revisando unos destartallados folios que mi amigo había punteado con anotaciones y sugerencias y sobre todo con providenciales correcciones, y la tarde, él, ocupado en los dos o tres capítulos que le quedaban por leer, y yo, mirando un montón de libros y folletos raros que había sacado de su biblioteca personal o de los estantes de su librería, en la calle de Mateos Gago, donde estábamos. Escogí entre aquellos libros y folletos, para mí del todo desconocidos hasta ese momento, quince o veinte, que vinieron conmigo a Madrid. Compartíamos, desde luego, nuestro entusiasmo por el resto de la obra literaria de Chaves, cuyos libros abundaban en las librerías de viejo, desdeñados por la mayor parte de los escritores, críticos literarios y profesores universitarios. Excepto *A sangre y fuego*, inexistente en España. Linares acababa de traerlo de uno de sus recientes arrastres americanos, y ese fue el primero que empecé a leer en el tren de vuelta.

Pocas veces le ha producido a uno tanta impresión una lectura, principalmente las ocho páginas de su prólogo. Desde las tres primeras líneas, aquel su memorable «Yo era eso que los sociólogos llaman “un pequeño burgués liberal”, ciudadano de una república democrática y parlamentaria», este libro sonaba a... otra cosa. No se parecía a nada ni yo le conocía a nadie un coraje semejante hablando de la guerra. Fue una conmoción.

Tuvo uno en ese momento la impresión de haber dado al fin con el eslabón perdido de algo que había estado bus-

cando a ciegas durante años. La clave del arco. Conocía ya, claro, el único libro que se le parecía un poco, el no menos inexistente *Ayer y hoy*, de Baroja, publicado en 1939 y también en Chile, pero el del barojiano Chaves Nogales era de otra naturaleza y, si podemos decirlo así, menos confuso en la defensa neta de la República. No debemos olvidar que en el mismo 38 y en la Salamanca franquista y ante un sínodo de notorios fascistas, el ilustrado Baroja juraría defender por el Ángel Custodio no sé qué demonios (y añádase esto: cómo entiende uno a Baroja, y también al Unamuno del enfrentamiento con Millán Astray en el Paraninfo en octubre del 36).

Treinta años después las cosas han cambiado mucho en España y en la historia de la literatura española. En 1993 Chaves era un desconocido y hoy no lo es en absoluto, en parte gracias a aquel prólogo suyo de *A sangre y fuego*. ¿Qué lo hacía tan especial, por qué fue tan bien recibido su autor en la élite intelectual y en la comunidad literaria española, de la que se le había excluido durante medio siglo, si acaso había llegado alguna vez a formar parte de ella?

Las armas y las letras se había propuesto, en parte, mostrar lo injusto que podía llegar a ser que algunos buenos escritores que ganaron la guerra hubieran perdido los manuales de literatura, tanto como constatar que algunos de los que la habían perdido, por el solo hecho de haberla perdido, parecían ocupar y usurpar en esos mismos manuales el lugar de los mejores, o lo que es lo mismo: cuestionar el mandarinato que la filosofía de la Historia había instituido en los bastiones literarios de la crítica y la universidad.

Con el tiempo muchos de los protagonistas de aquella guerra modificaron sus recuerdos de aquel tiempo de for-

ma más o menos interesada, perfilándose del modo más favorecedor posible.

Chaves, que conocía como periodista el valor de las pruebas en el escenario del crimen, se apresuró a dejarnos su testimonio antes de que nadie pudiera eliminarlas o manipularlas. Su mérito fue advertir y denunciar antes que nadie la semejanza del terror, que estaba siendo igual en uno y otro bando, adelantándose a quienes poco después, como Hannah Arendt, iban a descubrir también la raíz común del mal, esa poetización de la Historia que estaba justificando en toda Europa masacres sin cuento.

Y por supuesto que Chaves no estaba hablando de equidistancia, y sí de trabajar para la verdad, expuesta de un modo ecuánime. Empeñó para ello su palabra, y así Chaves, que se había ocupado durante muchos años de hablar de los demás y de lo que estos pensaban o hacían, quedándose siempre en un segundo plano, no dudó en empezar este libro por el único lugar posible, hablando de sí mismo y dando un paso al frente: «Yo era...». Cualquiera que estuviese habituado a leer sus reportajes periodísticos y libros habría advertido inmediatamente que esta confesión sentimental, plantando en medio de la página la primera persona, era anuncio de un compromiso insoslayable con la verdad, su verdad: por un lado, los sublevados, «soñando un paraíso de desfiles marciales, jornales bajos, rentas altas, procesiones y fiestas de la raza», es decir, el dramático vaticinio de lo que sería España durante cuarenta años, y por otro, los que se apoderaron de la República durante la guerra en un país revolucionario, constatando que el trabajo, que «daban antes como una limosna los patrones, ahora lo darían como un premio los sindicatos». Quienes como el

propio Chaves no eran ni reaccionarios ni revolucionarios, solo tenían dos opciones. Al igual que el personaje de otro de sus relatos, solo les quedaba o morir «batiéndose por una causa que no era la suya», o marcharse, y esto hizo él, buscando un lugar donde seguir libre. ¿Con qué fin?

Un escritor puede sobrevivir en una dictadura labrando sus obras de ficción; el trabajo de un periodista sin libertad es solo una trágica parodia. Y eso hizo Chaves a partir de ese momento: contarle al mundo lo que había visto y firmar por ello su sentencia de muerte, civil y literaria. Ni unos ni otros le perdonarían sus escritos, y Chaves pasó a ser uno de los raros escritores que perdieron la guerra y, además, los manuales de la literatura, confirmando con ello que si algo detestaba más que ninguna otra cosa cada uno de los dos bandos no era el bando contrario, sino cualquiera que se resistiese a pertenecer a uno de ellos.

En el prólogo de *A sangre y fuego* hay suficientes pasajes para saber que Chaves Nogales no iba a transigir con los crímenes de nadie, ni siquiera los de aquellos que decían defender como él a la República.

En este libro Chaves Nogales no necesitó ni siquiera desplegar los discursos ideológicos. Ya no era momento de peroratas. Todo el mundo sabía lo que tenía que saber. Si el 19 de julio de 1936 el país dejó atrás la política, casi siempre a la fuerza, aprestándose a aniquilarse en la guerra, eso hizo Chaves como narrador: hechos escuetos, contados con brío en una prosa vibrante que tiene lo mejor del Baroja de las *Memorias de un hombre de acción* y lo mejor del Valle-Inclán de *El ruedo ibérico*, con los ecos al fondo de *La caballería roja* de Babel. Al lector solo le queda asistir atónito y consternado al triunfo de la barbarie. Y tras su prólogo,

volvemos a encontrar a Chaves en todos estos relatos en un segundo plano, el que le gustaba: cerca, pero no encima.

Abelardo Linares, también editor, añadió hace años un par de relatos bilbaínos, desconocidos e inéditos hasta entonces. Completaban, sin duda, los escenarios elegidos por Chaves para estas historias que no fueron «obra de imaginación y fantasía», sino extraídas de hechos «rigurosamente» verídicos, en las que comparecen mezclados desde un patético Malraux al miserable Felipe Sandoval.

En la edición original, la última de sus «alucinantes novelas», como las llama, se cierra con estas palabras que también abrochaban el libro: «Su causa, la de la libertad, no había en España quien la defendiese».

Cualquiera puede oír en ellas al autor hablando de sí mismo, cualquiera puede imaginárselo en ese punto caminando hacia la frontera y una vida incierta y oscura, que duró para él cincuenta años después de su muerte.

La historia de este libro es a un tiempo la historia de su infortunio, pero también del nuestro.

Hace treinta años España llegaba cincuenta tarde a unos hechos que deberían haberse olvidado hacía mucho. Ahora, casi un siglo después de que se publicase por primera vez, este libro está más vivo que nunca y es más necesario que nunca, y su autor ha vuelto a la casa, esta Alianza Editorial, de donde salió hace tanto.

Andrés Trapiello

Prólogo

Yo era eso que los sociólogos llaman un «pequeño burgués liberal», ciudadano de una república democrática y parlamentaria. Trabajador intelectual al servicio de la industria regida por una burguesía capitalista heredera inmediata de la aristocracia terrateniente, que en mi país había monopolizado tradicionalmente los medios de producción y de cambio —como dicen los marxistas—, ganaba mi pan y mi libertad con una relativa holgura confeccionando periódicos y escribiendo artículos, reportajes, biografías, cuentos y novelas, con los que me hacía la ilusión de avivar el espíritu de mis compatriotas y suscitar en ellos el interés por los grandes temas de nuestro tiempo. Cuando iba a Moscú y al regreso contaba que los obreros rusos viven mal y soportan una dictadura que se hacen la ilusión de ejercer, mi patrón me felicitaba y me daba cariñosas palmaditas en la espalda. Cuando al regreso de Roma aseguraba que el fascismo no ha aumentado en un gramo la ración de pan del italiano, ni

ha sabido acrecentar el acervo de sus valores morales, mi patrón no se mostraba tan satisfecho de mí ni creía que yo fuese realmente un buen periodista; pero, a fin de cuentas, a costa de buenas y malas caras, de elogios y censuras, yo iba sacando adelante mi verdad de intelectual liberal, ciudadano de una república democrática y parlamentaria.

Si, como me ocurría a veces, el capitalismo no prestaba de buen grado sus grandes rotativas y sus toneladas de papel para que yo dijese lo que quería decir, me resignaba a decirlo en el café, en la mesa de la redacción o en la humilde tribuna de un ateneo provinciano, sin el temor de que nadie viniese a ponerme la mano en la boca y sin miedo a policías que me encarcelasen, ni a encamisados que me hiciesen purgar atrozmente mis errores. Antifascista y antirrevolucionario por temperamento, me negaba sistemáticamente a creer en la virtud salutífera de las grandes conmociones y aguardaba trabajando, confiado en el curso fatal de las leyes de la evolución. Todo revolucionario, con el debido respeto, me ha parecido siempre algo tan pernicioso como cualquier reaccionario.

En realidad, y prescindiendo de toda prosopopeya, mi única y humilde verdad, la cosa mínima que yo pretendía sacar adelante, merced a mi artesanía y a través de la anécdota de mis relatos vividos o imaginados, mi única y humilde verdad era un odio insuperable a la estupidez y a la crueldad; es decir, una aversión natural al único pecado que para mí existe, el pecado contra la inteligencia, el pecado contra el Espíritu Santo.

Pero la estupidez y la crueldad se enseñoreaban de España. ¿Por dónde empezó el contagio? Los caldos de cultivo de esta nueva peste, germinada en ese gran pudridero de

Asia, nos los sirvieron los laboratorios de Moscú, Roma y Berlín, con las etiquetas de comunismo, fascismo o nacionalsocialismo, y el desapercibido hombre celtíbero los absorbió ávidamente. Después de tres siglos de barbecho, la tierra feraz de España hizo pavorosamente prolífica la semilla de la estupidez y la crueldad ancestrales. Es vano el intento de señalar los focos de contagio de la vieja fiebre cainita en este o aquel sector social, en esta o aquella zona de la vida española. Ni blancos ni rojos tienen nada que reprocharse. Idiotas y asesinos se han producido y actuado con idéntica profusión e intensidad en los dos bandos que se partieran España.

De mi pequeña experiencia personal, puedo decir que un hombre como yo, por insignificante que fuese, había contraído méritos bastantes para haber sido fusilado por los unos y por los otros. Me consta por confidencias fidedignas que, aun antes de que comenzase la guerra civil, un grupo fascista de Madrid había tomado el acuerdo, perfectamente reglamentario, de proceder a mi asesinato como una de las medidas preventivas que había que adoptar contra el posible triunfo de la revolución social, sin perjuicio de que los revolucionarios, anarquistas y comunistas, considerasen por su parte que yo era perfectamente fusilable.

Cuando estalló la guerra civil, me quedé en mi puesto cumpliendo mi deber profesional. Un consejo obrero, formado por delegados de los talleres, desposeyó al propietario de la empresa periodística en que yo trabajaba y se atribuyó sus funciones. Yo, que no había sido en mi vida revolucionario, ni tengo ninguna simpatía por la dictadura del proletariado, me encontré en pleno régimen soviético. Me puse entonces al servicio de los obreros como antes lo

había estado a las órdenes del capitalista, es decir, siendo leal con ellos y conmigo mismo. Hice constar mi falta de convicción revolucionaria y mi protesta contra todas las dictaduras, incluso la del proletariado, y me comprometí únicamente a defender la causa del pueblo contra el fascismo y los militares sublevados. Me convertí en el «camarada director», y puedo decir que durante los meses de guerra que estuve en Madrid, al frente de un periódico gubernamental que llegó a alcanzar la máxima tirada de la prensa republicana, nadie me molestó por mi falta de espíritu revolucionario, ni por mi condición de «pequeño burgués liberal», de la que no renegué jamás.

Vi entonces convertirse en comunistas fervorosos a muchos reaccionarios y en anarquistas terribles a muchos burgueses acomodados. La guerra y el miedo lo justificaban todo.

Hombro a hombro con los revolucionarios, yo, que no lo era, luché contra el fascismo con el arma de mi oficio. No me acusa la conciencia de ninguna apostasía. Cuando no estuve conforme con ellos, me dejaron ir en paz.

Me fui cuando tuve la íntima convicción de que todo estaba perdido y ya no había nada que salvar, cuando el terror no me dejaba vivir y la sangre me ahogaba. ¡Cuidado! En mi desertión pesaba tanto la sangre derramada por las cuadrillas de asesinos que ejercían el terror rojo en Madrid como la que vertían los aviones de Franco, asesinando mujeres y niños inocentes. Y tanto o más miedo tenía a la barbarie de los moros, los bandidos del Tercio y los asesinos de la Falange, que a la de los analfabetos anarquistas o comunistas.

Los «espíritus fuertes» dirán seguramente que esta repugnancia por la humana carnicería es un sentimentalismo

anacrónico. Es posible. Pero, sin grandes aspavientos, sin dar a la vida humana más valor del que puede y debe tener en nuestro tiempo, ni a la acción de matar más trascendencia de la que la moral al uso pueda darle, yo he querido permitirme el lujo de no tener ninguna solidaridad con los asesinos. Para un español quizá sea este un lujo excesivo.

Se paga caro, desde luego. El precio, hoy por hoy, es la Patria. Pero, la verdad, entre ser una especie de abisinio desteñido, que es a lo que le condena a uno el general Franco, o un kirguís de Occidente, como quisieran los agentes del bolchevismo, es preferible meterse las manos en los bolsillos y echar a andar por el mundo, por la parte habitable de mundo que nos queda, aun a sabiendas de que en esta época de estrechos y egoístas nacionalismos el exiliado, el sin patria, es en todas partes un huésped indeseable que tiene que hacerse perdonar a fuerza de humildad y servidumbre su existencia. De cualquier modo, soporto mejor la servidumbre en tierra ajena que en mi propia casa.

Cuando el gobierno de la República abandonó su puesto y se marchó a Valencia, abandoné yo el mío. Ni una hora antes, ni una hora después. Mi condición de ciudadano de la República Española no me obligaba a más ni a menos. El poder que el gobierno legítimo dejaba abandonado en las trincheras de los arrabales de Madrid lo recogieron los hombres que se quedaron defendiendo heroicamente aquellas trincheras. De ellos, si vencen, o de sus vencedores, si sucumben, es el porvenir de España.

El resultado final de esta lucha no me preocupa demasiado. No me interesa gran cosa saber que el futuro dictador de España va a salir de un lado u otro de las trincheras. Es igual. El hombre fuerte, el caudillo, el triunfador que al fi-

nal ha de asentar las posaderas en el charco de sangre de mi país y con el cuchillo entre los dientes —según la imagen clásica— va a mantener en servidumbre a los celtíberos supervivientes, puede salir indistintamente de uno u otro lado. Desde luego, no será ninguno de los líderes o caudillos que han provocado con su estupidez y su crueldad monstruosas este gran cataclismo de España. A esos, a todos, absolutamente a todos, los ahoga ya la sangre vertida. No va a salir tampoco de entre nosotros, los que nos hemos apartado con miedo y con asco de la lucha. Mucho menos hay que pensar en que las aguas vuelvan a remontar la corriente y sea posible la resurrección de ninguno de los personajes monárquicos o republicanos a quienes mató civilmente la guerra.

El hombre que encarnará la España superviviente surgirá merced a esa terrible e ininteligente selección de la guerra que hace sucumbir a los mejores. ¿De derechas? ¿De izquierdas? ¿Rojo? ¿Blanco? Es indiferente. Sea el que fuere, para imponerse, para subsistir, tendrá, como primera providencia, que renegar del ideal que hoy lo tiene clavado en un parapeto, con el fusil echado a la cara, dispuesto a morir y a matar. Sea quien fuere, será un traidor a la causa que hoy defiende. Viniendo de un campo o de otro, de uno u otro lado de la trinchera, llegará más tarde o más temprano a la única fórmula concebible de subsistencia, la de organizar un Estado en el que sea posible la humana convivencia entre los ciudadanos de diversas ideas y la normal relación con los demás Estados, que es precisamente a lo que se niegan hoy unánimemente con estupidez y crueldad ilimitadas los que están combatiendo.

No habrá más que una diferencia, un matiz. El de que el nuevo Estado español cuente con la confianza de un grupo

de potencias europeas y sea sencillamente tolerado por otro, o viceversa. No habrá más. Ni colonia fascista ni avanzada del comunismo. Ni tiranía aristocrática ni dictadura del proletariado. En lo interior, un gobierno dictatorial que con las armas en la mano obligará a los españoles a trabajar desesperadamente y a pasar hambre sin rechistar durante veinte años, hasta que hayamos pagado la guerra. Rojo o blanco, capitán del ejército o comisario político, fascista o comunista, probablemente ninguna de las dos cosas, o ambas a la vez, el cómitre que nos hará remar a latigazos hasta salir de esta galerna ha de ser igualmente cruel e inhumano. En lo exterior, un Estado fuerte, colocado bajo la protección de unas naciones y la vigilancia de otras. Que sean estas o aquellas, esta mínima cosa que se decidirá al fin en torno de una mesa y que dependerá en gran parte de la inteligencia de los negociadores, habrá costado a España más de medio millón de muertos. Podía haber sido más barato.

Cuando llegué a esta conclusión abandoné mi puesto en la lucha. Hombre de un solo oficio, anduve errante por la España gubernamental confundido con aquellas masas de pobres gentes arrancadas de su hogar y su labor por el ventarrón de la guerra. Me expatrié cuando me convencí de que nada que no fuese ayudar a la guerra misma podía hacerse ya en España.

Caí, naturalmente, en un arrabal de París, que es donde caen todos los residuos de humanidad que la monstruosa edificación de los Estados totalitarios va dejando. Aquí, en este hotelito humilde de un arrabal parisiense, viven mal y esperan a morirse los más diversos especímenes de la vieja Europa: popes rusos, judíos alemanes, revolucionarios ita-

lianos..., gente toda con un aire triste y un carácter agrio que se afana por conseguir lo inasequible: una patria de elección, una nueva ciudadanía. No quiero sumarme a esta legión triste de los «desarraigados» y, aunque sienta como una afrenta el hecho de ser español, me esfuerzo en mantener una ciudadanía española puramente espiritual, de la que ni blancos ni rojos puedan desposeerme.

Para librarme de esta congoja de la expatriación y ganar mi vida, me he puesto otra vez a escribir y poco a poco he ido tomando el gusto de nuevo a mi viejo oficio de narrador. España y la guerra, tan próximas, tan actuales, tan en carne viva, tienen para mí desde este rincón de París el sentido de una pura evocación. Cuento lo que he visto y lo que he vivido más fielmente de lo que yo quisiera. A veces los personajes que intento manejar a mi albedrío, a fuerza de estar vivos, se alzan contra mí y, arrojando la máscara literaria que yo intento colocarles, se me van de entre las manos, diciendo y haciendo lo que yo, por pudor, no quería que hiciesen ni dijese.

Y luchando con ellos y conmigo mismo por permanecer distante, ajeno, imparcial, escribo estos relatos de la guerra y la revolución que presuntuosamente hubiese querido colocar *sub specie æternitatis*. No creo haberlo conseguido.

Y quizá sea mejor así.

Manuel Chaves Nogales

Montrouge (Seine), enero-mayo de 1937

Nota

Estas nueve alucinantes novelas, a pesar de lo inverosímil de sus aventuras y de sus inconcebibles personajes, no son obra de imaginación y pura fantasía. Cada uno de sus episodios ha sido extraído fielmente de un hecho rigurosamente verídico; cada uno de sus héroes tiene una existencia real y una personalidad auténtica, que solo en razón de la proximidad de los acontecimientos se mantiene discretamente velada.

¡Masacre, masacre!

Al sol de la mañana la bomba de aviación que cae es una pompita de jabón que en un instante raya el cielo azul de arriba abajo. Vibra al sentirse herido el gran diapasón del espacio y, luego, si se está cerca, se sufre en las entrañas un tirón de descuaje como si le rebanasen a uno por dentro y le quisieren volcar fuera. El estómago, que se sube a la boca, y el tímpano, demasiado sensible para tan gran ruido, son los que más agudamente protestan. Esto es todo. Mientras, el pajarito niquelado que ha puesto en medio del cielo su huevecillo brillante y fugaz como una centella, remonta el vuelo y pronto no es más que un punto perdido en la distancia.

Después, comienza el espectáculo de la tragedia. ¿Dónde ha caído la bomba? Nadie lo sabe, pero todos suponen que ha sido muy cerca, allí mismo, dos casas más allá a lo sumo. Resulta que siempre es un poco más lejos de lo que se suponía. La gente acude presurosa al lugar de la explosión.